



Sphera Pública

ISSN: 1180-9210

sphera@ucam.edu

Universidad Católica San Antonio de Murcia  
España

Garrido Lora, Manuel

La cultura comunicada en el origen de la violencia humana

Sphera Pública, núm. 3, publicación anual, 2003, pp. 39-54

Universidad Católica San Antonio de Murcia

Murcia, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29700303>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **La cultura comunicada en el origen de la violencia humana**

**Dr. Manuel Garrido Lora**

Universidad de Sevilla

mgarri@us.es

### **Resumen**

La ciencia actual considera la preponderancia de los factores culturales sobre los biológicos en la determinación de la violencia humana intraespecífica. Con independencia de los propósitos –instrumentales o emocionales– y los agentes –individuos o grupos –, la violencia está presente en todas las culturas, como demuestran los más recientes estudios antropológicos. Los valores culturales dominantes determinan el desarrollo o inhibición de pautas de comportamiento violento a partir de la agresividad *natural* humana.

Debe apreciarse, además, la existencia de subculturas de la violencia, cuyos individuos aprenden desde edad temprana a resolver violentamente sus conflictos.

### **Descriptor**

Cultura, Subcultura, Violencia, Conflicto Social, Valores.

### **Abstract**

Present science considers the superiority of the cultural factors on the biological ones in the determination of the intraspecific human violence. Independently of the intentions –instrumental or emotional– and the agents –individual or group–, the violence is present in all the cultures, as they are in charge to demonstrate the more recent anthropological studies. The dominant cultural values determine the development or inhibition of guidelines of violent behavior. In addition, must be apprai-

sed the existence of subcultures of the violence, whose individuals learn to solve their conflicts violently from early age.

**Keywords**

Culture, Subculture, Violence, Social Conflict, Values.

**Cultura *versus* biología**

En las últimas décadas ha cobrado protagonismo la tesis que defiende el predominio de la influencia cultural sobre la biológica en la explicación de la violencia humana. En unos casos, se ha excluido cualquier alusión biológica o instintiva, en otros –la mayoría-, se aminora la capacidad de influencia que autores como Lorenz (1988) o Eibl-Eibesfeldt (1987) podían ver en la biología humana para explicar los actos violentos. En definitiva, la tesis dominante en la investigación científica actual acepta la convivencia de ambos factores, el biológico y el cultural, como determinantes de la agresividad humana, pero destacando la superior capacidad explicativa de este último.

Esta visión integradora ha encontrado eco no sólo en investigadores aislados, sino también en aquellas instituciones que impulsan el estudio y la explicación de la violencia humana intraespecífica de manera interdisciplinar. Esto sucede con el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, con sede en Valencia (España), cuyo director, José Sanmartín ha abordado recientemente esta eterna dualidad causal en el estudio de los comportamientos violentos humanos desde una perspectiva que destierra la dicotomía excluyente en el estudio de la violencia: “la biología nos hace agresivos, pero es la cultura la que nos hace pacíficos o violentos” (2000: 19).

La cultura, entonces, viene a jugar un papel fundamental a la hora de inhibir esa agresividad *benigna* de la que hablaba Fromm (1987), o, por el contrario, cuando hipertrofia esa agresividad natural generando actos de violencia, es decir, cuando se convierte en una conducta dañina para otro ser vivo sin que esta acción tenga alguna utilidad biológica aparente. Y esto parece ser así en todas las culturas del planeta. La cultura humana –Sanmartín (2000: 20)–, con independencia de que hablemos de los *kung* (bosquimanos) o los europeos, presenta una serie de facto-

res que generan violencia. Lo ciertamente importante es que parecen existir unos hábitos culturales que reducen la agresividad natural (caso de los *kung*), y otros que potencian la aludida hipertrofia en beneficio de la agresión, como ocurre con determinadas subculturas de la violencia presentes en nuestro entorno. En el primer caso, se habla de agresividad. En el segundo, de violencia, una vez han operado los factores culturales.

### **La violencia: estudios transculturales**

En los factores culturales determinantes de la violencia insiste Imbert (1992) cuando defiende la existencia de una denominada *cultura de la violencia*. Esta cultura de la violencia estaría compuesta no sólo por hechos fácilmente objetivables, como serían los delitos criminales, sino también por un conjunto de muestras de agresividad más difuminadas entre los comportamientos, los gestos o las palabras. Esta violencia cotidiana penetra a través de todos los códigos de la comunicación humana, tanto en su expresión oral o escrita como a través de la comunicación no verbal. La propagación de modelos y estereotipos a través de los medios de comunicación masivos no hace más que potenciar la capacidad de propagación de estas pautas culturales. El receptor de estos hábitos de violencia se socializa en este tipo de conductas, interiorizándolas y reproduciéndolas cada vez que la situación lo requiere. El dominio de estas destrezas le predispone positivamente hacia la violencia.

La explicación a esta propagación de los comportamientos violentos se encuentra –según Imbert– en la caída cultural de los mitos, grandes relatos explicativos del ser humano que venían a cubrir una importante función social. A cambio, la sociedad actual ofrece “los nuevos ritos tribales de la cultura de masas, aquellas aglomeraciones cuasi religiosas de gente en grandes almacenes, centros culturales, hipermercados del arte y de la comida, palacio de los deportes, estadios olímpicos..., llevados por una furia consumidora y *consumitiva*” (1992: 29). Desde esta perspectiva, lo sagrado se ha vuelto trivial. Las acciones violentas han perdido su carácter simbólico en beneficio de una sociedad de la información en la que se produce un desfile continuado de imágenes violentas desimbolizadas: “A la economía de la violencia de las sociedades pre-

modernas que generaban una violencia *parsimoniosa* (codificada, selectiva) con fuerte carga simbólica, es decir, con un efecto en el imaginario colectivo y una función catárquica, ha sucedido hoy una proliferación de la violencia (del régimen de visibilidad de la violencia): una violencia serializada, desimbolizada. Al trivializarse, la violencia se desacraliza” (p. 29). Así, el contrato social que une a las sociedades no se basa en la solidaridad o el mantenimiento de la paz social, sino en el miedo, la inseguridad y la adhesión a valores cuestionables. En otras palabras, la cohesión social no se refuerza en la construcción de valores positivos, sino que se fundamenta en una ideología egoísta de la prevención. Los mensajes y las acciones políticas y militares posteriores a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York son un buen ejemplo de esta tendencia.

Esta desacralización cultural de la violencia también ha sido apuntada por otras voces del pensamiento contemporáneo. René Girard, en *La violencia y lo sagrado* (1995), expone la tesis de que la mayoría de nuestras modernas ceremonias civiles y religiosas tienen un origen violento. Es lo que denomina como *violencia fundadora*. A partir de los sacrificios y las muertes sagradas, las organizaciones primitivas (carentes de sistema judicial) se libran de las formas difusas de la violencia, evitando el espiral de la venganza. De este modo, un sacrificio simbólico (de un objeto o animal) o humano sirve para inmunizar a la sociedad de la violencia recíproca generalizada. Esta violencia primitiva es puntual, selectiva y ritualizada, y según Girard, menos violenta de lo que parece y más tolerante también. De este modo, la violencia se ritualiza y se convierte en un código cultural que unifica a los individuos y los protege de su propia violencia.

Por el contrario, en las sociedades modernas –según Girard–, se ha instalado la venganza como principio del sistema judicial. Casi desde la Ley del Talión, basada en un sistema de equivalencias aritméticas, el fundamento principal es el castigo de la violencia, incluso con violencia sumárisima (pena de muerte). Todo ello bajo una concepción individualista (también moderna, igualitaria) de la existencia, que no concibe el ritual sagrado porque los grandes mitos se han derruido. En definitiva, la violencia no siempre fue destructiva (en el sentido de antisocial), sino que originariamente era un importante regulador social con un componente sacro.

El recurso a la violencia parece suceder en todas las culturas, y los antropólogos lo han contrastado con su labor. Por ejemplo, Suzette Heald, ha estudiado los rituales violentos de iniciación en algunas culturas primitivas (1988: 105-117), siendo particularmente interesantes sus estudios de los *gisu*, un pueblo agrícola de casi medio millón de habitantes que habita las laderas entre Uganda y Kenia. En esta cultura, a los jóvenes se les circuncida entre los dieciocho y los veinticinco años de edad. Esa experiencia, que supone el tránsito cultural de la edad ingenua a la edad adulta, supone la asunción de la capacidad de ser violento por el sujeto circuncidado. Es, al mismo tiempo, una prueba u ordalía clásica en la que el sujeto tiene que demostrar públicamente su valentía, alcanzando el reconocimiento de una serie de derechos sociales propios de la vida adulta, desde casarse hasta beber cerveza. Según Heald, en este ritual intervienen tres procesos fundamentales para entender la violencia ritualizada:

- *Catarsis*, pues lo negativo (sufrimiento, dolor, temor) deviene positivo (madurez, derechos, hombría).
- *Trauma*, ya que esta prueba no es más que una socialización represiva con efectos psicológicos sobre el individuo, lo que puede desestabilizarle.
- *Prueba*, pues la superación honrosa de la circuncisión supone estar preparado para el combate, es un instrumento de desinhibición que prepara al sujeto a la hora de afrontar los avatares y peligros de la vida.

Mientras que los dos primeros factores –catarsis y trauma– podrían considerarse como intrínsecos al ritual y con escasa conexión con la violencia fuera del ritual, parece que el tercer elemento –la prueba– socializa en el uso de la violencia para la consecución de los fines, pudiendo generar violencia intraespecífica.

Sin embargo, esa violencia *fundadora* u originaria de la cultura ha sido duramente criticada en foros científicos durante años, considerando muy difícil aceptar que toda posibilidad de orden social se fundamente en algún acto original de violencia, pues el orden social puede proclamarse por otros cauces distintos a la violencia. Es más, parece presuponer un estado anterior roussonianos de vida sin violencia, lo que está

muy alejado de las conclusiones que algunos investigadores (Copet-Rougier, 1988, por ejemplo) extraen de sus estudios transculturales.

Como es lógico, aquellos autores que defienden el carácter biológico de la violencia humana critican el supuesto estado de paz roussoniano de los cazadores y recolectores previo a la violencia *fundadora*. Según Eibl-Eibesfeldt (1987: 172-173), la teoría idílica del hombre primitivo no resiste la más mínima contrastación empírica. De hecho, un estudio a fondo de los bosquimanos, considerados el grupo humano que mejor representa a esa supuesta civilización sin violencia en las etapas primitivas de la humanidad, demuestra la presencia de conductas agresivas a pesar de que su ideal de vida predica la convivencia pacífica. Ellos también emplean pautas universales del comportamiento agresivo, como los movimientos de intimidación y amenaza (mirada fija, gestos con las extremidades...) y los de sumisión (lloro, enfado, inclinación de cabeza, etc.). La herencia común filogenética, que defiende Eibl-Eibesfeldt, parece encontrarse en la base de estas acciones. Sin embargo, será la socialización exitosa del niño bosquimano la que llevará a una educación y una cultura pacíficas: “lo que llama la atención entre los bosquimanos no es la falta de agresiones, sino el hecho de que esos hombres sepan controlarlas tan bien y de que entre los adultos predominen los modos de comportamiento amistosos y vinculadores. Esos hombres se ocupan diariamente durante muchas horas en cultivar los contactos amistosos; conversan, se espulgan mutuamente, juegan con los niños y dejan que circule la caña de fumar. Como quiera que para la diaria adquisición de alimentos las mujeres sólo tienen que ir al campo dos o tres horas al día y que los hombres sólo salen de caza muy de cuando en cuando, les sobra mucho tiempo para dedicárselo a los demás. Podría decirse que esos hombres tienen tiempo en abundancia para ser hombres en el verdadero sentido de la palabra” (p. 173).

Con el mismo objetivo, Joanna Overing, de la Escuela de Economía de la Universidad de Londres, analiza las formas de violencia en otra sociedad primitiva considerada no violenta, la de los *piaroa*. Este pueblo habita la selva que recorre el Orinoco en Venezuela y llama la atención por la dificultad que entraña encontrar un gesto o acción violenta en su devenir cotidiano, lo que en su día los colocó en numerosos textos científicos como representantes –junto a los bosquimanos– de la vida idílica primitiva ya aludida.

Sin embargo, Overing pudo descubrir que el comportamiento violento estaba simplemente reprimido. La cultura de los *piaroa* –al igual que ocurre con la de los bosquimanos– reprime toda forma de violencia, especialmente cuando parece intuirse en los chamanes o jefes de la tribu. Además, la muerte violenta se considera causada por los hechiceros de otras tribus extrañas, por lo que el arranque y desarrollo del espiral de violencia a causa de la venganza es bastante difícil. En esta tribu se le da un valor enorme a la moderación en el comportamiento y nunca se golpea a un niño para educarlo. La tranquilidad es para ellos el valor humano más importante. Probablemente, un factor importantísimo del medio ambiente que les rodea, la escasez de recursos, propicie este clima de entendimiento y les haga estar vigilantes ante cualquier conducta que ponga en riesgo este equilibrio: “Siempre cautos ante los signos de arrogancia que sus propios líderes pudieran manifestar, los *piaroa* mantienen un cuidadoso control del poder humano que los domina. La agresión de parte de los líderes chamanes (tanto dentro del propio grupo, como dentro del territorio político) es una indicación de que las fuerzas culturales de los dioses *Tianawa*, han desbordado su control individual. Las sanciones por semejante comportamiento incontrolado son importantes y el líder perturbador debe mostrar de inmediato su cordura, su recato y su humildad controlada para retener su legitimidad política” (p. 145).

En enero de 1985, nueve antropólogos sociales y cuatro sociólogos se reunieron por primera vez en una conferencia en St. Andrews, Escocia, bajo el título de *La violencia como institución social*. David Riches organizó este pionero encuentro interdisciplinar, entendiendo que, “si efectivamente existe un solo proceso que engendre la violencia, que parezca estar presente o latente en todos los contextos sociales humanos, es más probable que se descubra a través de la investigación transcultural” (1988: 11-12). Según las conclusiones de dicho encuentro, cuatro propiedades básicas caracterizan a la violencia como un hecho social con validez intercultural:

- Por su propia naturaleza, cualquier forma de ejecución de la violencia es origen de debate en cuanto a su legitimidad.
- Suelen existir discrepancias entre los actores sociales implicados a la hora de calificar los hechos supuestamente violentos, si bien es

cierto que la presencia del daño físico tiende a aminorar este dis-  
sentimiento.

- La violencia es altamente perceptible por medio de los sentidos.
- Los conocimientos y el *equipo* necesario para ejecutar la violencia con un grado moderado de efectividad son pequeños. Por tanto, se requiere relativamente poco esfuerzo intelectual y/o físico para la ejecución de acciones dañinas exitosas sobre otros seres (1988: 27).

Estas propiedades explican que la violencia sea un acto social de gran utilidad tanto para los propósitos de carácter práctico o instrumental como para los de carácter simbólico o expresivo. Su eficacia entonces como transformador del ambiente social la hace enormemente popular en todas las culturas humanas. De este modo, según Riches, “el deseo de lograr múltiples metas y ambiciones es *condición suficiente* para que se realicen actos violentos.” (p. 27). Este autor representa a la corriente antropológica más ortodoxa y mantiene que son los factores culturales y sociales, además del entorno ecológico, los que determinan fuertemente el tipo y la frecuencia de los actos violentos. De este modo, el entorno ofrece objetos y personas ambicionables que pueden generar actos violentos para alcanzarlos, pero también facilita interpretaciones sociales que ayudan o dificultan el desarrollo de la acción violenta, como son la clase social, el altruismo, la enemistad, la alteridad, etc. Así pues, la “relación entre la estructura social y la violencia es la de la *influencia* y la *oportunidad*. No se insinúa que la estructura social *fuere* a la violencia; existen siempre líneas alternativas de acción” (p. 28).

Ahora bien, la violencia no es una cualidad que únicamente pueda encontrarse en la agresión explícita y lesiva contra otro ser. Desde una perspectiva amplia, al estilo de Fromm, Delgado (1998) defiende que toda acción humana supone algún tipo de forzamiento o coacción: “la violencia no es, en este sentido, una cualidad de las conductas, sino un atributo que alguien que se considera legitimado para ello les aplica desde fuera para delatar en ellas alguna cosa perversa que debe ser controlada, atenuada o neutralizada” (1998: 56). A esto es a lo que Delgado denomina *violencidad*. Esta cualidad de una acción humana sería asignada según criterios alejados de los efectos físicos y/o psíquicos causados a las víctimas. Antes bien, sólo bajo el criterio normativo que fijan los Estados centralizados puede entenderse dicha acción. Y es que la

modernización administrativa ha supuesto una cesión de la violencia individual a los Estados, con gran control de los impulsos agresivos individuales. Pero la ilusión de una vida pacífica en la que la administración tiene la prerrogativa de almacenar y administrar la energía agresiva tiene sus fugas, motivadas principalmente por la venganza.

Sin embargo, estas formas de violencia *incomprensibles* son lanzadas a una especie de zona oscura en la que se le llega a negar su propia condición humana. La sociedad que ha cedido al Estado el uso de la fuerza no puede entender expresiones ilegítimas de violencia en la vida diaria, y asiste a ellas con espanto e incomprensión: “frente a una violencia uniformada, lo que se le opone intolerablemente es una violencia *vestida de calle, de civil*, al tiempo cotidiana –puesto que está siempre ahí, semioculta en los subsuelos– y excepcional, [...] una violencia *heterogénea*, dispersa, caótica, errática, asociada a todas las formas concebibles de alteridad: violencia terrorista, criminal, demente, enferma, étnica, instintiva, bestial; violencia informal, poco o nada organizada: bomba casera, arma de contrabando, navaja, palo, veneno, puño, a bocados..., violencia artesanal, premoderna, *hecha a mano*, paradójicamente *violencia con rostro humano*, y por ello escandalosa e inaceptable” (1998: 60). Por eso, concluye el autor, en la modernidad cuajan bien los discursos basados en la alteridad: el violento es siempre *el otro*, cuyos rasgos tienen a deshumanizarse, pues no puede ser uno de los nuestros.

A idéntica conclusión llegó el sociólogo de la Universidad de Belfast, Graham McFarlane, al analizar el fenómeno de la violencia entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte. Más que la perspectiva histórica del conflicto, se ha interesado por la visión que del mismo tienen los ciudadanos de los territorios afectados por el mismo. Los ciudadanos de las zonas en conflicto elaboran modelos del conflicto que responden a los propuestos por los intelectuales y científicos sociales. Sin embargo, la cuestión cambia cuando tienen que analizar casos reales de violencia. En general, tienden a culpar a los forasteros, a *otros*, de los asesinatos y los atentados con bombas, pues se les antoja difícil creer que sean sus propios vecinos los que realicen esos actos. En los años setenta llegó a popularizarse la opinión de que los peores asesinatos eran cometidos por drogadictos. Otras veces, “se recurre a la idea general de que la persona está psicológicamente *enferma*. Es aún mucho más factible que se

culpe a una enfermedad psicológica cuando la gente tiene que afrontar la realidad de que una persona de su comunidad ha resultado responsable de un asesinato. Excepto en última instancia, rara vez se menciona el simple factor del extremismo sectario” (McFarlane 1988: 262).

### **La subcultura de la violencia**

Como se ha visto, la cultura condiciona vivamente la inhibición o desarrollo de la agresividad humana, con objetivos instrumentales o emocionales muy diversos. En el seno de todas las culturas se desarrollan a su vez subculturas que mantienen el comportamiento violento como criterio unificador y valor preponderante en sus actos sociales. La expresión *subcultura de la violencia*, muy aceptada en la actualidad, fue acuñada hace unas décadas por Wolfgang y Ferracuti (1982). Estos autores también adoptan una perspectiva integradora para el estudio de la violencia humana, y lo hacen a través de la criminología, que enfoca el delito y la agresión en general como un fenómeno social. La criminología no es una disciplina nueva, antes bien tiene un gran desarrollo en todo el siglo XX. Sin embargo, su enfoque pragmático y su alejamiento de los círculos científicos han deteriorado la atención prestada a muchas de sus conclusiones. Bajo el paraguas de esta disciplina, Wolfgang y Ferracuti defienden la existencia de una subcultura de la violencia, que “implica que existen juicios de valor o todo un sistema social de valores que, siendo parte de otro sistema más amplio y central, ha cristalizado aparte. Vista la situación desde la cultura dominante y más amplia, los otros valores de la subcultura segregan a la primera y obstaculizan la integración total, causando en ocasiones conflictos abiertos o encubiertos” (p. 120). Entre la cultura dominante, o generatriz, y la subcultura se establecen suficientes nexos en forma de valores compartidos que permiten la relación sin determinar necesariamente la separación entre ambas. Cuando los sistemas de valores no sólo difieren en mayor o menor grado, sino que resultan antitéticos, estamos en presencia de una *contracultura*, en la que los valores se oponen frontalmente al sistema establecido.

La subcultura, entonces, se constituye por individuos que comparten valores y normas de conducta, lo que no implica que necesariamente

estos sujetos formen grupos, pues puede darse la circunstancia de que los integrantes de la subcultura no mantengan habitualmente contacto físico entre ellos, estando muy distantemente distribuidos en el espacio. Además, para que exista subcultura, el cuadro de valores de la misma debe gobernar la conducta de sus integrantes ante un número importante de situaciones sociales, ante las cuales la respuesta es considerada obligada y fácilmente previsible. Por supuesto, estas normas requieren contranormas o sanciones correspondientes, lo que afirma la supervivencia de una subcultura. En ocasiones, estos mecanismos sancionadores, que pueden llegar al extremo de la exclusión o la muerte del sujeto infractor, funcionan de manera más efectiva que la mayoría de las leyes que gobiernan sociedades más amplias.

El cuadro de valores subculturales (p. 132) puede agrupar, en primer lugar, un conjunto de valores tolerados y concordantes, es decir, diferencias que son toleradas sin que supongan una seria amenaza para la sociedad dominante, y un conjunto de valores no tolerados y discordantes, potencialmente desintegradores de la cultura dominante. De este modo, puede darse el caso –la subcultura de los delincuentes juveniles, por ejemplo– de una subcultura que se caracterice sobre todo por una conducta que se sustenta en valores antitéticos a los de la cultura dominante, pero desarrollando además otras conductas propias de la juventud y que no son delictivas.

Por supuesto, no todos los valores tienen idéntica importancia a la hora de generar conflicto entre la cultura dominante y la subcultura, dependerá de la posición que en la escala de valores ocupe el valor o los valores disonantes, del potencial de resistencia que éste o estos tengan y de su intensidad o fuerza. Si se consideran los valores como estándares normativos que conforman el repertorio de respuestas ante diversas tentativas de acción, es decir, como cursos de acción aprendidos, y cómo estos determinan también la conducta agresiva, esta visión se aleja enormemente de aquélla que apreciaba el origen biológico de los actos violentos, privilegiando el valor que tiene el aprendizaje en el seno de una subcultura.

En la *subcultura de la violencia*, ésta se filtra impregnando los principales valores que marcan el estilo de vida, la socialización, y las relaciones interpersonales de los sujetos que comparten condiciones ambientales similares. Wolfgang y Ferracuti concluyen en sus investiga-

ciones que es, por tanto, muy difícil explicar la violencia humana a través de la teoría de los instintos. No encuentran ninguna prueba fisiológica de aquella acumulación estimular que, según Lorenz, impele a los organismos a luchar espontáneamente. Esta falta de pruebas les lleva a pensar que el origen de la acción violenta se encuentra en los estímulos externos al organismo, principalmente en las frustraciones acumuladas por sujetos excluidos por motivos laborales, económicos, ideológicos, religiosos, etc. De hecho, buena parte de las acciones violentas individuales o grupales que suceden en la actualidad se explican bajo esta tesis, que ofrece las siguientes proposiciones (p. 197):

- La subcultura no diverge totalmente de la cultura de la que forma parte, ni se le contrapone totalmente.
- Los miembros de la subcultura no dan manifestaciones de violencia en todas las circunstancias.
- La subcultura muestra afinidad con la violencia en todas las edades de sus integrantes, si bien es más elevada en el período de adolescencia y juventud.
- La contranorma es la abstención de la violencia.
- En la subcultura, las actitudes favorables hacia la violencia suponen un proceso de aprendizaje diferenciado, mediante asociación e identificación. La agresividad es una reacción que se aprende como un hábito que facilita los logros sociales.
- En la subcultura, el recurso a la violencia no se considera necesariamente ilícito, por lo que no suele generar sensación de culpa en los agresores.

Esta capacidad para aprender el comportamiento violento parece que se articula pronto en la vida del ser humano, siendo especialmente destacada la influencia de los hábitos aprendidos de los progenitores. Existen pruebas empíricas (Huesmann 1998) de que los niños comienzan a establecer pautas de comportamiento diferenciado respecto a la agresión a partir de los dos años de edad. De este modo, cuando el niño llega a los seis años de edad, los patrones de comportamiento agresivo pueden estar ya perfectamente asentados en sus relaciones con los demás, tanto con sus progenitores como con sus compañeros en el colegio o sus hermanos. La adolescencia, al ser una etapa compleja en la evolución física

y psíquica del individuo, tiende a potenciar estas pautas aprendidas previamente, por lo que es habitual que quien sea agresivo de joven también lo sea como adulto. De hecho, las influencias más sólidas partirán de las amistades y las referencias sociales a la hora de consolidar la personalidad violenta. Por tanto, el comportamiento agresivo es una característica con gran estabilidad en el carácter de muchas personas. De niños agresivos parecen surgir adultos violentos.

La mayor parte de la tendencia agresiva humana es fruto de la desatención paternal, de los ambientes empobrecidos económica y culturalmente, de los compañeros (grupo de iguales, pandilla) desviados, de los abusos sexuales y/o psíquicos, etc. Todos ellos conforman una trama de causas que permiten que la agresividad aparezca pronto en la vida de muchos niños y adolescentes.

En este proceso de aprendizaje interviene un mecanismo psicológico, el *refuerzo negativo*, que implica que los niños aprenden a reaccionar con violencia para deshacer iniciativas violentas o simplemente molestas de otra unidad familiar o social. Una parte importante de la agresividad que muestran los niños en sus hogares se refuerza negativamente por los demás integrantes del mismo, especialmente por los progenitores. Esto es normal para casi todos los niños, pero aquellos que ya vienen adquiriendo pautas de conducta agresiva bastante estables encuentran que su conducta les proporciona bastantes beneficios. Consiguen lo que sea gracias al descontrol de sus padres, que prefieren que el niño deje de trastear, golpear, etc., dándole aquello que desea. Esto constituye una espiral pernicioso para el niño, que tenderá a emplear cada vez más la violencia para alcanzar sus objetivos.

Este refuerzo procede en muchas ocasiones del grupo con el que habitualmente se relaciona el niño o adolescente. Los amigos se enseñan mutuamente a actuar ante determinadas situaciones, generando –en la gran cantidad de tiempo que comparten– muchos modelos para la actuación, incluidos aquellos que le orientan a la agresividad. Masculinidad, orgullo, riesgo, valor, poder... suelen ser valores estables en buena parte de estos grupos, por lo que se espera de todos sus integrantes el respeto a los mismos mediante conductas que los refuercen. Estos comportamientos son habitualmente recompensados por los demás miembros de la banda, siendo rechazado o excluido aquél que se inhibe ante una situación de la que se espera un comportamiento agresivo.

El grupo, integrado en la subcultura de la violencia, sirve también para que estos jóvenes no se sientan responsables autónomos de sus actos. El desplazamiento de la responsabilidad así como el aminoramiento del riesgo explican que jóvenes que no fueran capaces de realizar determinados delitos individualmente sí los cometan en grupo. La violencia queda entonces justificada y reforzada como conducta plausible en la consecución de los objetivos del grupo.

Esta explicación encuentra su correlato en la perspectiva de la psiquiatría más actual, que considera que la agresión maligna no tiene carácter instintivo sino que se adquiere mediante el aprendizaje: “las semillas de la violencia se siembran en los primeros años de la vida, se cultivan y desarrollan durante la infancia y comienzan a dar sus frutos malignos en la adolescencia. [...] Los seres humanos heredamos rasgos genéticos que influyen en nuestro carácter. Pero nuestros complejos comportamientos, desde el sadismo al altruismo, son el producto de un largo proceso evolutivo condicionado por las fuerzas sociales y la cultura” (1996: 15).

En resumen, factores biológicos y culturales parecen combinarse eficazmente en la consecución de la violencia humana. Los estudios transculturales demuestran la importancia de los rasgos culturales a la hora de inhibir o desarrollar pautas de comportamiento agresivo, siendo esto común a la especie humana en todas las culturas, incluso en las primitivas. La progresiva desacralización de la violencia, la constitución de sociedades fundadas sobre la prevención egoísta, la creciente frustración en segmentos humanos castrados en su desarrollo socioeconómico, así como la facilidad para el aprendizaje de pautas de comportamiento violento en el seno de subculturas de violencia, son factores que explican buena parte de los actos violentos actuales en el seno de la vida familiar, en el entorno más próximo o incluso entre culturas limítrofes.

### **Referencias bibliográficas**

- COPET-ROUGERT, E. (1988): “*Le Mal Court*: violencia visible e invisible en una sociedad acéfala: los mkako de Camerún”, en RICHES, D. (Coord.): *El fenómeno de la violencia*. Madrid, Pirámide, pp. 79-104.

- DELGADO, M. (1998): "Discurso y violencia: la *fantasmización* mediática de la fuerza", en *Trípodos*, nº 6, pp. 55-68. Barcelona, Facultat de Ciències de la Comunicació Blanquerna.
- EIBL-EIBESFELDT, I. (1987): *El hombre preprogramado*. Madrid, Alianza.
- FROMM, E. (1987): *Anatomía de la destructividad humana*. Madrid, Siglo XXI.
- GIRARD, R. (1995): *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama.
- HEALD, S. (1988): "El uso ritual de la violencia: la circuncisión entre los gisu de Uganda", en RICHES, D. (Coord.): *El fenómeno de la violencia*. Madrid, Pirámide, pp. 105-124.
- HUESMANN, R. (1998): "La conexión entre la violencia en el cine y la televisión y la violencia real", en SANMARTÍN, J., GRISOLÍA, J. S., & GRISOLÍA, S. (eds.): *Violencia, televisión y cine*. Barcelona, Ariel, pp. 87-132.
- IMBERT, G. (1992): *Los escenarios de la violencia: conductas anómicas y orden social en la España actual*. Barcelona, Icaria.
- LORENZ, K. (1988): *La acción de la naturaleza y el destino del hombre*. Madrid, Alianza.
- MCFARLANE, G. (1988): "Violencia en la Irlanda del Norte rural: modelos científico-sociales, explicaciones populares y variantes locales", en RICHES, D. (Coord.): *El fenómeno de la violencia*. Madrid, Pirámide, pp. 251-275.
- OVERING, J. (1988): "Imágenes de canibalismo, muerte y dominación en una sociedad *no violenta*", en RICHES, D. (Coord.): *El fenómeno de la violencia*. Madrid, Pirámide, pp. 125-145.
- RICHES, D. (Coord.) (1988): *El fenómeno de la violencia*. Pirámide, Madrid.
- ROJAS MARCOS, L. (1996): *Las semillas de la violencia*. Madrid, Espasa.
- SANMARTÍN, J. (2000): *La violencia y sus claves*. Barcelona, Ariel.
- WOLFGANG, M. & FERRACUTI, F. (1982): *La subcultura de la violencia*. México, FCE.